

EL NECESARIO FRACASO DE LA “UNCTAD VI”

La primera Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (en inglés da UNCTAD) tuvo lugar en pleno auge de la economía de los países industrializados y socialistas. El año de la primera UNCTAD cae en medio de un decenio en que el comercio internacional creció a un ritmo considerable. Ver el cuadro para comprobarlo.

Países	Crecimiento 1960-1970	
	Exportac.	Importac.
1. de bajos ingresos	5.0%	5.2%
2. de ingresos medios	5.4%	6.6%
3. industrializados, de mercado	8.4%	9.3%
4. industrializados, socialistas	9.0%	7.9%

Fuente: The World Bank, *World Economic Report*, 1982.

En aquellos días, el subdesarrollo de una buena parte del planeta se concebía como un freno a la continua expansión del comercio y al proceso de la internacionalización de la producción. Por otra parte, el ritmo de crecimiento de las economías desarrolladas permitía a sus gobernantes mostrarse abiertos y liberales con las demandas, cada vez más articuladas y más concretas, de los países subdesarrollados. Estos habían llegado ya al límite de las posibilidades de una estrategia de desarrollo basada en la sustitución de importaciones para un mercado interno, que, por falta de voluntad redistributiva, nunca acababa de ampliarse. Se les imponía el desarrollo hacia afuera, al lanzarse a la penetración de unos mercados externos, copados ya en gran medida por los países industrializados. El comercio y el desarrollo, o el desarrollo por el comercio, se convirtió entonces en un objetivo estratégico que

interesaba tanto a los países desarrollados, como a los subdesarrollados, aunque, a éstos, naturalmente, con más urgencia. La estrategia, difícil de llevar a cabo en casos concretos, era por lo menos digna de un diálogo, de una conferencia para discutir cómo se continuaba o cómo se reorganizaba —según el punto de mira— el comercio internacional.

Lo que quiero decir con esta rememoración del nacimiento de la UNCTAD es que, desde su origen, la conferencia va a reflejar el estado de las relaciones comerciales y financieras entre los países ricos y pobres, reflejando siempre la prepotencia del que ya posee y la frustración del que meramente desea, de una forma cambiante según el grado de armonía o confrontación entre los países de una u otra clase.

De la primera conferencia en Ginebra no salió en concreto nada más que un mayor y más preciso conocimiento de las dimensiones del subdesarrollo, gracias al trabajo científico preparatorio, y la semi-institucionalización de un diálogo norte-sur para continuar la discusión técnica y política de las demandas y pretensiones de los unos y los otros.

La UNCTAD, apoyada por una creativa secretaría general con sede en Ginebra y un equipo de técnicos capaces y muy sensibles a las necesidades de los países subdesarrollados, se convirtió pronto en una tribuna de éstos, desde donde se articularon cada vez con más fuerza y claridad las exigencias de un Nuevo Orden Económico Internacional. Los países desarrollados fueron abandonando en cierta forma esa tribuna, para discutir los nuevos problemas planteados por los países pobres desde las tribunas más seguras del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, que dominan completamente con su poder financiero y sus privilegios institucionales.

En la tercera UNCTAD en Santiago de Chile, 1971, se consumó la toma de la conferencia por el grupo mayoritario, en habitantes y en necesidades, de los países subdesarrollados. Los países industrializados, y a veces también los socialistas, pasaron a la defensiva, dedicando mucho tiempo y talento en demostrar lo ilógico, impráctico y perjudicial para todo el mundo —como si en el mundo reinara una genuina unidad de intereses— de las propuestas que propugnaba la mayoría de los países de la conferencia.

Luego viene lo del petróleo, y la UNCTAD apareció ya como una franca amenaza, no sólo porque propagaba análisis y propuestas dañinas al orden —o desorden, según se mire— establecido, sino porque podría convertirse en una plataforma para la acción. En efecto, si al cartel de los productores de petróleo se sumaran los de los productores de bananas, cacao, café, algodón, zinc, cobre, bauxita, etc., los países industrializados perderían las ventajas en el comercio internacional, adquiridas en más de un siglo de dominio colonial del mundo. Eso sería hacer del diálogo norte-sur, en el que sólo pierden tiempo, una confrontación norte-sur, en la que podrían perder dinero y poder real. Lo cual, desde la lógica del poder, no se podía tolerar. La crisis del petróleo supuso la sentencia de muerte de la UNCTAD.

Pero una muerte lenta, por supuesto, como es preciso para guardar las apariencias de la legalidad y el buen orden. En Nairobi 1975, durante la cuarta UNCTAD todavía se discutieron esquemas para regular el comercio de productos primarios en favor de los productos subdesarrollados, como si las recientes victorias de la OPEP presagiaran otros avances similares. En realidad, el fantasma de la OPEP contribuyó a endurecer las posiciones de los países industrializados. En 1979, en Manila, ya estaban en primer plano de la discusión los problemas estrictamente financieros, que nunca habían estado ausentes, pero que tomaban proporciones alarmantes con el incremento de la deuda externa de los países importadores de petróleo. Nadie preveía entonces las dimensiones que dos años después iba a tomar este problema. Por eso quizá, no se hizo nada entonces. Manila fue ya un fracaso más sonoro.

Llegamos así a Belgrado. El principal problema es ahora una colosal deuda externa del mundo subdesarrollado de cerca de 700.000

millones de dólares, que pudiera constituir una amenaza al sistema bancario de los países prestatarios. Una amenaza, que por encima de todo se trata de desactivar políticamente, pero sin llegar al extremo, lógico por otra parte, de ayudar a saldar la deuda. Otro problema es también la creciente pobreza de los países subdesarrollados. La sexta UNCTAD encuentra a los países desarrollados en el umbral de una recuperación económica, más tangible en los EE.UU., y sin humor de hacer concesiones que puedan perjudicar la reactivación. Los países subdesarrollados proponen un Programa de Acción Inmediata para inyectar 70.000 millones de dólares en el Tercer Mundo en los próximos dos años con el objeto de crear las condiciones mínimas para que estos países puedan pagar sus importaciones, fomentar sus exportaciones y eventualmente saldar sus deudas. La respuesta ha sido un endurecimiento de las posiciones, especialmente la de los EE.UU., tras las llamadas a respetar las leyes inmutables de los mercados financieros.

Al final, 125 países subdesarrollados han publicado un manifiesto, que se separa y se opone a la declaración de Belgrado, más retórica y tan vacía de contenido práctico como las anteriores. Esta dualidad de documentos, que aparece por primera vez en los casi 20 años de conferencia, presagia el final, la muerte anunciada, de una institución para dialogar que no corresponde en absoluto al grado de enfrentamiento y de intransigencia que reina en las relaciones económicas internacionales.

Y no es de extrañar. El proyecto de los Estados Unidos para la economía mundial consiste en el fortalecimiento, sucesivo y gradual, primero de su propia economía, después —y sólo después— el de las economías de la Comunidad Económica Europea y del Japón y posteriormente, a título de rebalse o desbordamiento, que se beneficien también los países subdesarrollados de la prosperidad de aquellos. La política de mantener elevados los tipos de interés con la consiguiente sobrevaloración del dólar delata claramente que los EE.UU. no tienen ni el designio ni la voluntad de contribuir a una reactivación simultánea de la economía internacional. En este contexto la UNCTAD VI no ha podido menos que resultar un concierto de música celestial.

L.S.